

LOS SUCECOS

Suscripción en toda España, 5 pesetas
al año. Idem en el extranjero, 8 fr.



Toda la correspondencia debe dirigirse
al Apartado de Correos 347.



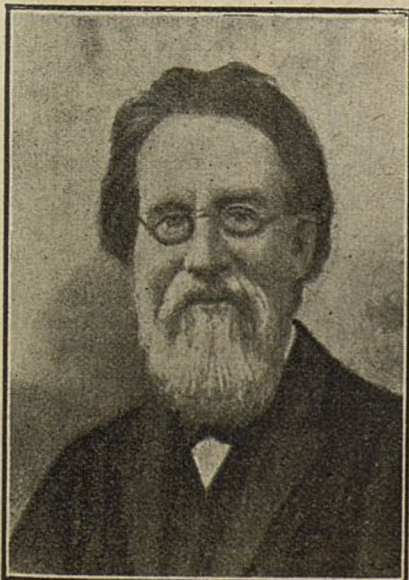
El notable escritor León Roch, autor del libro "Por tierras de Avila"

"Por tierras de Avila" se titula un precioso libro que acaba de dar a la publicidad el culto escritor "León Roch", encantadora obra en la que el autor, con mano maestra, relata sus impresiones de viaje por tierras de Santa Teresa.

Amena, entretenida, instructiva, su lectura no tiene desperdicio, pues desde la primera a la última página, está llena de encantos.

León Roch, con paciencia y constancia inimitables, está dando a conocer, en forma artística, amena e instructiva, las regiones de España que tenemos olvidadas los españoles, trabajo patriótico y noble, por el que merece los aplausos de todo aquel que, a más de amante de la Patria, lo sea del arte, de la belleza y de la naturaleza.

Buen ejemplo su publicación anterior, "El Monasterio de Piedra".



El eminente biólogo Metchnikoff.

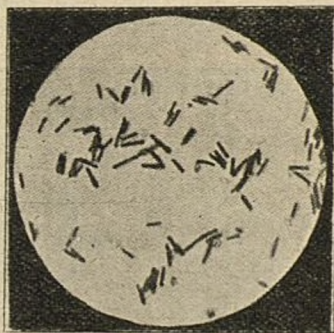
La obra, admirablemente editada, está cuajada de preciosos grabados, obtenidos de fotografías verdaderamente artísticas.

León Roch ha estado acertadísimo en su publicación.

La vejez tiene sus causas: éstas son la arterioesclerosis, la esclerosis del hígado y la nefritis intestinal, producidas todas ellas por la intoxicación de los intestinos.

Todo esto es debido a la falta de azúcar en los intestinos gruesos. El tubo digestivo absorbe rápidamente los alimentos azucarados, mientras que las materias albuminosas descienden hasta el intestino grueso, foco principal de la lucha entre los buenos y malos microbios.

Es necesario encontrar un microbio



microbio amebolítico del perro propuesto por Metchnikoff para combatir los microbios de la vejez.

bio que en el intestino grueso, pueda elaborar azúcar y pueda vivir y vencer a los otros microbios, a los de la vejez.

El profesor Metchnikoff asegura haber encontrado el bendito microbio, y lo ha encontrado en el perro, precisamente uno de los animales de más corta vida, y ese microbio bienhechor ha sido bautizado con el nombre de glucobacteria; como si dijéramos, fabricante de azúcar.

Según la teoría del célebre biólogo Metchnikoff, en lugar de morir de enfermedad, de vejez prematura, moriremos dulcemente; ni los achaques de la senectud, ni sufrimientos, ni enfermedades largas, costosas, dolorosas y repugnantes.

Recordarán nuestros lectores el crimen ocurrido en "La Vía P", en Junio del año pasado. El pinche Benjamín Peña agredió a su compañero Manuel Navedo, a quien dejó muerto de una puñalada en la espalda.

En la Sección cuarta se ha dictado sentencia, condenando al crimi-

Ayuntamiento de Madrid



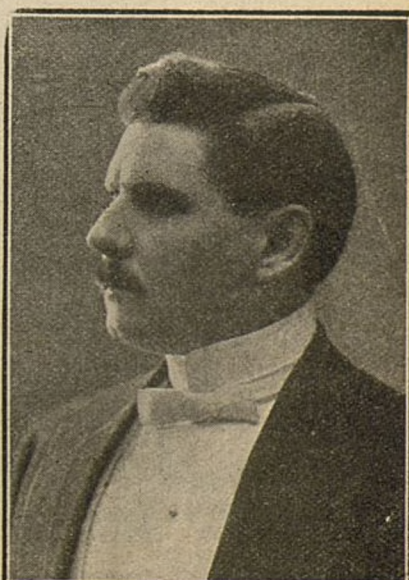
Don Basilio Edo, acusador privado en la vista de la causa del pinche de la calle del Príncipe.

nal, de acuerdo con lo solicitado por el distinguido letrado D. Basilio Edo, acusador privado, y por el representante del Ministerio Fiscal.

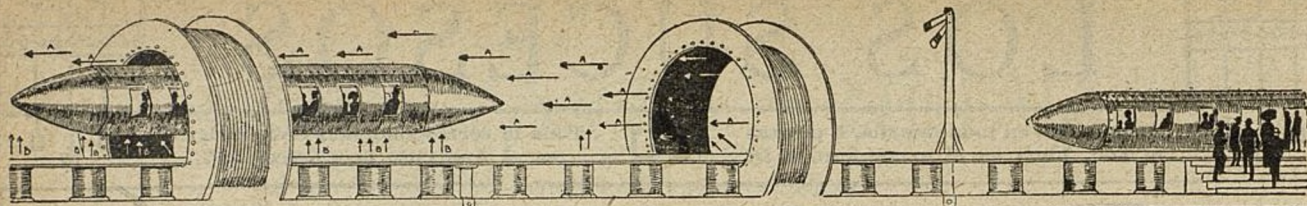
En la colonia española de México, figura en primera línea el joven Amador de Campomanes. Fue guerrillero y periodista en Cuba, y, harto del periodismo, en la capital de la República mexicana se dedicó a los negocios mercantiles, con gran acierto.

Esta productiva ocupación no le ha hecho olvidar las letras. Últimamente ha producido una magnífica novela, "Liba", que le ha proporcionado un gran triunfo.

Campomanes es generoso, activo, inteligente y culto. El buen compatriota vendrá este verano a España, donde será muy bien recibido.



Amador de Campomanes.



Esquema indicador de las fuerzas magnéticas en el nuevo invento.

Un tren á 830 kilómetros por hora.

La travesía de Europa á América, en la que los buques más rápidos tardan cerca de cinco días, quedará reducida á seis horas si se pone en proyecto el invento ya patentado del ingeniero electricista Emilio Bachlet, natural de Mount Vernon, estado de Nueva York.

El viaje se hará en un vagón de acero de forma de cigarro, que contra la ley de la gravedad se mantendrá en el aire y marchará sin encontrar otro rozamiento que el del aire.

Que la cosa es factible, ha sido ya demostrado por el inventor, que ha construido un pequeño modelo que ha dado excelentes resultados y que ha viajado en una proporción de 500 kilómetros por hora, pero el inventor espera alcanzar con sus trenes velocidades de 830 kilómetros, y aún más, por hora.

Así, pues, si algún día se llega á establecer en España ese nuevo sistema de locomoción, podremos ir desde Madrid á La Coruña en 35 minutos; á Sevilla en 28, á San Sebastián en 23 y á Valencia en 18.

Todo el notable descubrimiento está basado en la electricidad y en el imán.

El electricista Bachlet notó que así como la mayoría de los metales son atraídos por el imán, el aluminio es repelido.

Colocó una plancha de aluminio de quince centímetros de cuadro y uno de grueso, encima de unos carretes magnéticos de corriente alterna. Al momento

la plancha metálica se elevó en el aire y mientras hubo corriente se mantuvo estacionada en el espacio. Cuanto mayor era la corriente la plancha subía á mayor altura y ofrecía resistencia á la presión de las manos, pero en el momento en que la corriente cesaba caía de plano sobre los carretes desimantados.

Después de esto, hizo otro experimento: Colocó una batería de carretes

de más voltaje 110, construyó con aluminio un armazón cilíndrico con las puntas cónicas, todo él de aluminio, y de un peso de 18 libras. Ató una silla, colocó en ella á su hija, que pesaba 65 libras y colocó el armatoste sobre los carretes. Hizo pasar la corriente por los alambres de las bobinas y al imantarse los cilindros de hierro dulce el artefacto de aluminio se elevó á una altura de 40 centímetros sobre los imanes y allí permaneció en el aire mientras duró la corriente.

Faltaba ahora encontrar un propulsor. Un vehículo que no tiene roce, ni apenas resistencia, podría alcanzar la velocidad de una bala de cañón.

Construyó una línea de una treintena de metros, llena de carretes imantados y de trecho en trecho puso varios solenoides, que tienen la propiedad de atraer hacia su centro los metales susceptibles de atracción magnética. Estos solenoides estaban separados por distancias de cuatro metros. Imantados los carretes, el pequeño vehículo modelo de aluminio se elevó en el aire, y al electrizar los solenoides el aparato atraído hacia su centro, salió veloz y recorrió el trayecto como una bala. Para que el cilindro de aluminio no fuera atraído hacia atrás por el solenoide, un ingenioso mecanismo hace que al pasar el vehículo corte la corriente, entrando inmediatamente bajo la influencia del otro, y así continuamente.

El dibujo que en-



Imanes con 110 voltios, sosteniendo en el aire un carro de aluminio de 18 libras de peso, y una niña de 65 libras á 40 centímetros de altura.

cabeza estas líneas puede dar una idea de cómo funciona el aparato. Las flechas B indican el poder repente de los carretes imantados sobre el aluminio, y las flechas A el poder de atracción de los solenoides.

Bachelet presentó un modelo que funcionaba perfectamente ante un grupo de hombres de ciencia, y quedaron asombrados. Con 220 voltios para los solenoides y los carretes el carrito salió veloz, manteniéndose a un par de centímetros de altura. Aumentando el voltaje las velocidades que se pueden adquirir son verdaderamente asombrosas.

Cree el inventor que también se puede hacer el aditamento de un motor como el de los aeroplanos.

El aparato actualmente construido por el sabio ingeniero, está únicamente destinado a llevar bultos, el correo, etcétera, pero espera llegar a construir verdaderos trenes para pasajeros.

Con este invento se evita el rozamiento, uno de los mayores inconvenientes para dar grandes velocidades a los trenes actuales.

Las ruedas, por ejemplo, al cabo de un número de revoluciones se inutilizan y no ofrecen seguridad, y lo mismo ocurre con las hélices de los aeroplanos. Todos estos inconvenientes quedan suprimidos con la invención de Bachelet. Flotando en el aire, la única fricción que se encuentra es la superficial del aire, la cual, si bien es

grande, cuando la velocidad es mucha, puede ser vencida. No hay inconveniente, asegura el inventor, para que viajemos dentro de poco a velocidades de 830 kilómetros por hora.

Aunque el gasto de fuerza eléctrica sea mayor que el que actualmente gas-

tan los trenes, como la velocidad es tan grande, se economizará con gran ventaja el gasto. Las distancias que ahora tardan en recorrer los trenes diez y doce horas se recorrerán con el nuevo invento en pocos minutos, y por grande que sea el gasto de fluido, como es para poco tiempo, el gasto queda muy reducido.

Las paradas en estos trenes se harán cortando la corriente de los solenoides y, por consiguiente, cesando el motor.

Dentro de poco tiempo esperamos salir a las seis de la mañana de Madrid é ir a almorzar a Nueva York, visitar las cataratas del Niágara por la tarde, cenar en Buffalo y volver a dormir tranquilamente en España.

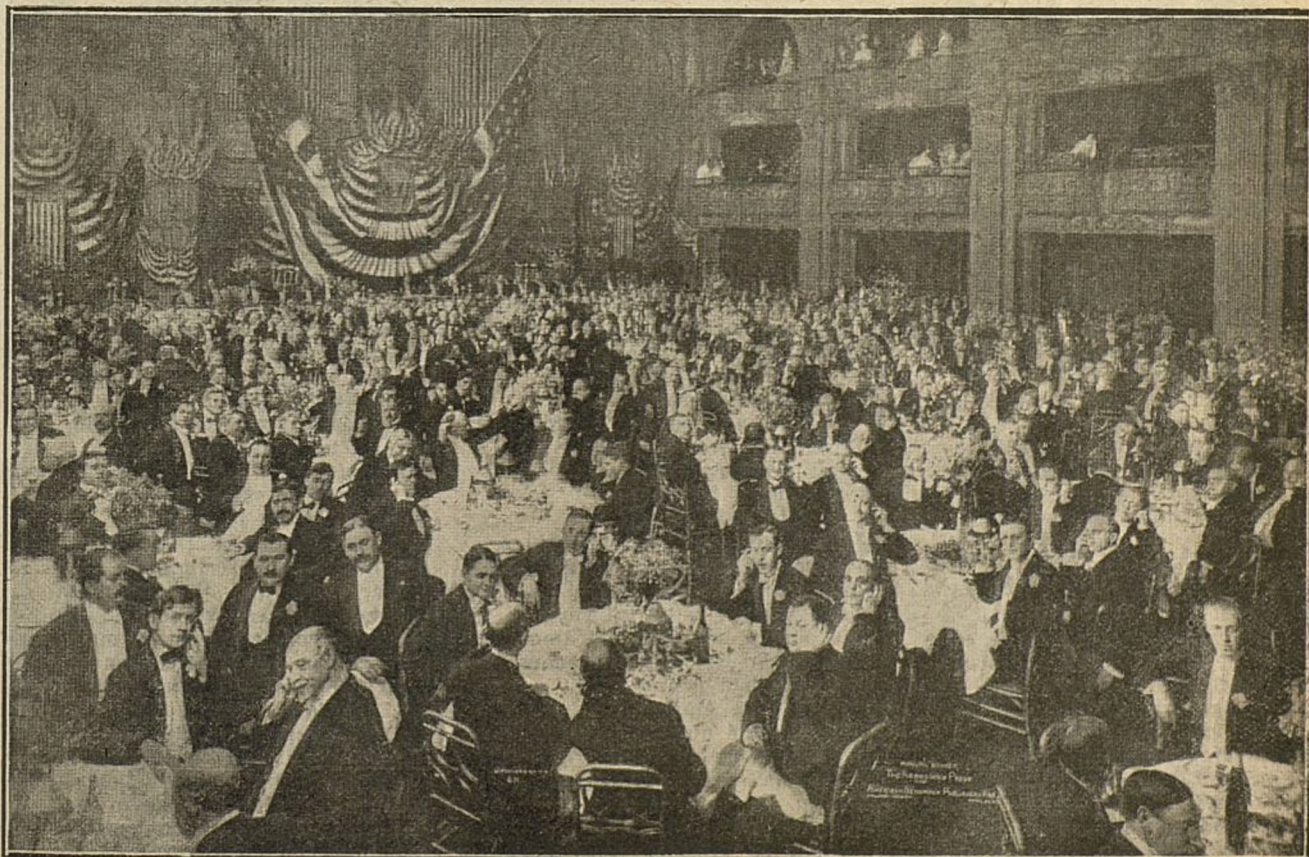
Más asombraría a nuestros bisabuelos el telégrafo y el teléfono, que este nuevo tren debe asombrarnos a nosotros.

Lo cierto es que por de pronto se trata de hacer un ferrocarril para transportar mercancías y correo y después se harán otros para el transporte de pasajeros. Las dificultades, que se presenten serán, sin duda, grandes y muy graves, pero el genio del inventor ya habrá contado con los muchos que ahora se nos ocurren y otros muchos que se presenten cuando menos se piense.

Lo horrible es pensar en una catástrofe que ocurriese en un tren que volara a la velocidad de 830 kilómetros por hora.



La nueva moda de llevar relojes: ¿Qué hora es?



Los miembros de la Asociación de Editores y de la Prensa, reunidos en el banquete anual, al que asistió Alejandro Graham Bell, inventor del teléfono. Los comensales del suntuoso hotel de Nueva York Waldorf-Astoria, tenía cada uno a su lado un teléfono presentado por el inventor, y durante la comida escucharon un discurso pronunciado por el presidente Taft, en Boston.

Ayuntamiento de Madrid

La vida en broma.

La huelga del "sí" y el "no".

Los diputados á Cortes se han declarado en huelga.

Es ya la única huelga que le faltaba al Gobierno, después de las que ha resuelto, unas á tiros y otras por milagro.

¿Será la de padres de la Patria de las que tengan que resolverse así?... Yo creo que no. Sería faltar al respeto á nuestros padres.

Además, hasta el momento presente, la huelga es pacífica.

Los diputados huelguistas no faltan á nadie. Más bien sobran.

Si salen á la calle, no profieren un grito ni una voz subversiva. Pasan inadvertidos; si tienen voz la ocultan, y si tienen voto no lo emiten.

Son unos huelguistas modelos, unos huelguistas silenciosos, casi



mudos, como hombres acostumbrados á no decir una palabra en el Congreso.

Verdad es que allí, la vez que más han dicho muchos de ellos, es "Sí" ó "No", razón por la que yo llamo á esa huelga, por ser diputados de la mayoría, la huelga del "Sí" y el "No", porque con ella nos hemos quedado en la Cámara baja, sin esos dos monoslabos.

Los presidentes del Congreso y del Consejo de Ministros han apurado ya todos los resortes para solucionar el conflicto, como llamamos aquí á todas estas cosas que están resueltas en cinco minutos.

Pero no han conseguido nada.

Hasta han pensado en encargar á la Guardia civil que los lleven á las sesiones, pero, ¿quién detiene á un diputado sin previo suplicatorio?

—¿Vive aquí D. Crispulo Lafanega, diputado á Cortes por...?— preguntarán al portero.

—Sí, señor. ¿Qué quiere usted?

—Llevarle al Congreso, si no le causa mucha molestia...

—¿Para qué?... Dice que se aburre soberanamente, y que él no aguanta una sesión de Presupuestos, aunque le ahorquen.

—Es que el presidente no puede abrir la sesión por falta de número, y las derechas...

—¿Pero es que á él le tienen por un número?... ¡Quite usted allá!... ¡Si el pobrecito es un cero á la izquierda!

Y esto, que piensa el portero, es precisamente lo que piensa todo el mundo, la voz del pueblo y de la capital: "Vox populi, vox Dei".

Romanones y Canalejas están desesperados, aturridos, hartos. Ya no saben qué partido tomar, ni siquiera si seguir en su partido!

¿Cómo atraerse á los huelguistas?... ¿Será solución alternar la discusión de los Presupuestos con números de "Varietés"?...

¿Será preciso dar corridas de toros en el hemiciclo?...

¿Bastará con que se les obsequie los días de sesión con un té ó un almuerzo, dedicando el rato de sobremesa á tratar de todas esas tonterías que interesan al país?...

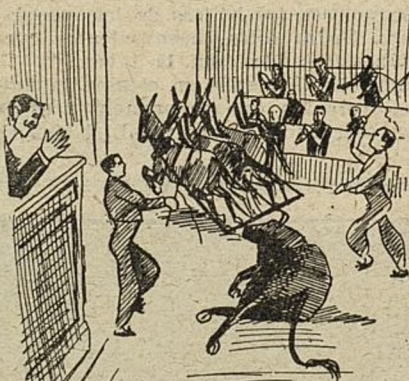
¿O habrá que buscar diputados "esquirols"?...

Lo malo que tendrían éstos, es que no se limitarían á decir "Sí" y "No", como los actuales. Puede que se fueran de la lengua, y entonces habríamos hecho un pan como unas hostias. ¡Adiós, jurisdicciones!... ¡Adiós, suplicatorios!... ¡Adiós, escuadra!... ¡Y adiós, banco azul!

¡No! Esquirols, no. Es preferible cerrar el Congreso, vulgo Cámara baja, que cada día baja más de nivel, y poner en la puerta el cartelito que ya tiene preparado el Gobierno.

"Se traspasa por lo que den. ¡Urge!"

F. ROIG BATALLER.



PROCESO OBRESEÍDO

Por el juez municipal de un pueblo, se abrió un proceso contra un novio desleal, que en la frente virginal de su amada estampó un beso.

Es esta acción subrepticia una de las más comunes, gracias á que la justicia por incuria ó por malicia las deja todas impunes.

Es verdad que el beso en sí es la más noble expresión de cariño y de pasión; mas aunque esto sea así, se ha de dar con prevención.

La víctima del suceso, tan pura como hechicera, hubo de ser la primera que declaró en el proceso, de la siguiente manera:

—Señor—dijo con rubor al interrogarla el juez—, él me juró eterno amor, yo le creí sin temor y manchó mi candidez.

No acceder á su deseo, siendo él mi único encanto, me parecía muy feo... y usted, en mi caso, creo que hubiera hecho otro tanto!

Extasiado en su presencia,

no le opuse resistencia ni me di cuenta de nada; estaba sugestionada y obré entonces sin conciencia.

Guardó silencio al instante, y el juez, algo conmovido, mandó llamar al amante, con el fin edificante de darle su merecido.

—Resulta usted complicado, de una manera probada, en el proceso incoado sobre cierto beso, dado á una joven recatada.

—No he de negar, señor juez, que soy el presunto autor de tamaña insensatez, mas, ¿ignora usted tal vez que obré á impulsos del amor?...

El hecho es cierto, inconcuso; lo cometí sin pensar que la pude manchar, mas ella fué quien me puso en el caso de pecar.

Aquella sonrisa ardiente, tierna, amorosa, lasciva, ¡era tan provocativa!... ¿Quién se muestra displicente en tan dura alternativa?...

Resistirla fué mi intento, mas sus ojos de deidad quemáronme el pensamiento, y... no sé, en aquel momento,

si hice una barbaridad.

Sus miradas incitantes, á más de justificantes de mi extravío y su afrenta, creo que son atenuantes dignas de tenerse en cuenta.

Esta es la verdad de todo lo que entre ambos ha ocurrido. Y dijo el juez, aturrido:

—¡Cáspita! pues de este modo, resulta usted el ofendido.

Después de oír á los dos en el proceso verbal, yo juzgo, y no juzgo mal, que no averigua ni Dios quién es aquí el criminal.

Claro está que ella, propensa á inspirar goces livianos, puso el arma en vuestras manos, mas contra tan "dulce ofensa" hay remedios más "humanos".

¿Sus ojos?... No acuso á ellos, aunque despidieron llamas, de esa clase de atropellos... ¡Joven, usted es de aquellos que no se andan por las ramas!

Juzgo, pues, muy congruente terminar como empezó este proceso incipiente, porque veo que si no, el verdadero "inocente"... ¡resultará que soy yo!

PIO GRACO.

EN BUSCA DE MARIDO



Vendiendo tulipanes; y al momento el galán
Le hace señas y guiños. La viuda ve al truhán.

Se hace la distraída, hace que no lo nota.
—“¿Cómo me vengaré”—se dice—de este idiota?
Veo que no ha cambiado; sigue con el afán.
De conquistar á todas, como nuevo Don Juan.

Consulta con la almohada y va por la mañana
A la granja de marras, y conquista con maña
A la joven flamenca; se vista de florista,
Se caiza de almadreñas; ya está la cosa lista.

A los pocos momentos, como era de esperar,
Llega el galán rondando y empieza á requebrar
A la que él cree florista.—¿Queréis flores, señor?—
Le pregunta la viuda, de espalda al rondador.

—Quiero flores—replica—, las flores de tu boca,
Quiero tus rojos labios besar con ansia loca,
Quiero un recuerdo tuyo, holandesa gentil;
Yo en cambio te daré veinte, doscientos, mil.

Se vuelve de repente la viuda:—“Tonto, necio;
¿Mis besos y un recuerdo?”—dice—. Si te desprecio.
Pero toma un recuerdo.”—Y con fuerza y presteza
Le dió con la almadreña un golpe en la cabeza.

FERS.

De ascensiones y lagos y montes ya cansada
En Holanda á la viuda hallamos instalada.
El país del jacinto, de diques y de albahacas.
De tulipanes, quesos, de praderas y vacas.

Recorriendo Amsterdam y sus alrededores
Y mientras contemplaba unos campos de flores
Se encontró con un joven, antiguo conocido,
Que en yankilandia fué novio suyo rendido.

Pero como tenía fama de enamorado
Y amigo de mujeres, pronto fué rechazado.
Mas: ¿Quién sabe?—se dijo la viuda—, puede ser
Que el chico haya cambiado; esperemos á ver.

Recorriendo los campos juntos una mañana
Salióles al encuentro una robusta aldeana



EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCESOS"

El ministro iba a sonar el timbre para pedir tabaco, pero el americano le contuvo, diciendo:

—No se moleste usted; estoy acostumbrado a fumar esta clase de puros nacionales baratos, y los prefiero a los otros. No puedo con los cigarros habanos, son muy fuertes; si vucencia quiere probar uno de ellos...

—No, muchas gracias—replicó el ministro—por ahora fumaré un cigarrillo, y una vez que está usted aquí, y ya que he tenido el placer de conocerle, charlaremos de algo que no sean negocios de Estado y fumaremos tranquilamente. Su compañía me es muy agradable.

—Como usted guste y lo que usted desee—replicó Coulson—; hablaremos que lo que apetezca y fumaremos cada cual de lo que más le agrade.

—Sí, señor; hay un asunto, mi querido señor Coulson, del que quisiera hablar con usted mientras esperamos que venga mi amigo. Ya sabe usted a quien me refiero; al amigo cuyo nombre iba escrito en el papelito que ha entregado al secretario hace un momento.

—Entendido; entendido, señor ministro.

CAPITULO XXI

Reaparece el inspector Jacks.

El ministro de Estado no desconfió de Mr. James B. Coulson, aunque en un principio tuvo sus dudas.

Después de una larga conversación se convenció de que Coulson era un hombre fiel; un agente secreto de los más seguros.

Además no cabía duda de que conocía el contenido de la carta y no cabía sospechar que se hubiese entretenido en abrir el sobre y leer la carta; es más, de haberlo hecho, buen cuidado se habría tomado en volverlo a cerrar cuidadosamente sin dejar señal alguna de su curiosidad.

De lo que no tenía duda alguna el ministro es de que la carta había sido abierta por alguno.

El americano juraba y perjuraba que ni por un momento se había desprendido de la carta y era de creerlo, pero la carta había sido abierta. Cómo, por quién y en qué circunstancias, no podía averiguarlo.

El ministro en su despacho pensaba en todo esto, lo relacionaba con el asesinato de Hamilton Fynes en el tren especial, con la estrangulación de Vanderpole en el automóvil, con la cuestión del Japón y estaba inquieto.

Tocó el timbre y al momento apareció el secretario.

—Telefóneee usted a Scotland Yard y diga al inspector Jacks que urge me vea. Si no está allí que le avisen y que venga al momento.

El secretario salió, y al cabo de unos minutos volvió a entrar para notificar al ministro que el inspector Jacks había recibido el mensaje directamente y que estaba en camino del Ministerio de Estado.

Tres cuartos de hora después el policía llegaba a la puerta del despacho, y era recibido por el ministro.

—Inspector Jacks—dijo—, se le ha encomendado a usted una misión de grandísima importancia, y ha sido usted el elegido por ser el que más garantías de éxito ofrecía; pero, hasta ahora, no ha sacado usted nada en limpio.

—He de confesar a vucencia que, en efecto, los resultados prácticos de mis pesquisas no han sido nada buenos, y permítame el señor ministro le diga que, en mi larga vida policíaca, no he encontrado asunto más difícil que éste. Tanto yo, como los agentes a mis órdenes, trabajamos sin cesar...

—Todo eso ya lo sé; pero, ¿hay algo de nuevo?

—Tengo mi pista, y si hasta aquí he sido desgraciado, espero que dentro de poco, podré hacer algo de positivo—replicó el inspector.

—¿Y qué es ello? ¿Se puede saber?

—No entraré en detalles, pues creo bastará que recuerde a vucencia que en la noche del crimen del tren especial, y próximamente en el sitio donde se supone fué asesinado el señor Fynes, fué curado un individuo por un médico rural, y que el día de Vanderpole fué atropellado un joven por el vehículo.

—Lo recuerdo perfectamente—dijo el ministro.

—Pues sé dónde está el herido, y creo es el mismo. Dentro de poco iré a verle.

—¿Y qué más?

—Que el príncipe Maivo parte para el Japón de un momento a otro, y es necesario que yo vea al herido antes que se nos vaya.

—Según eso, ¿cree usted que el príncipe?...

—Por creerlo así no le he perdido de vista un solo momento.

—Y ahora, ¿quién le vigila?

—Mis agentes, señor ministro.

—Pues bien, no pierda un momento, y actividad. Disponga del dinero que sea necesario para llevar este asunto a buen término. Ya he dado órdenes para que le den lo que necesite.

—Gracias, señor ministro.

—Además—continuó diciendo Sir Edward—, la suma ofrecida al que desembrolle esto, ha sido aumentada a diez mil libras esterlinas. Es necesario que se las gane usted; pues el perderlas significaría la pérdida de otras muchas cosas. Adiós.

El inspector saludó con profunda reverencia, bajó las escaleras, y en la puerta del Ministerio tomó un automóvil, y se hizo conducir al Hospital de Santo Tomás.

—Veremos a ver si ahora tengo mejor suerte que antes—se decía el policía camino del Hospital—. ¿Podré verle? ¿Será el atropellado este el mismo individuo que el herido en los alrededores de Londres?

Dos veces el día anterior y otras dos durante aquella mañana, había llamado a las puertas del Hospital, sin lograr ver al enfermo.

Esta vez tuvo más suerte.

El portero no le negó la entrada.

—Pase usted, y espere—le dijo.

El enfermo mejoraba sensiblemente, y le recibiría.

Al cabo de un rato llegó una enfermera vestida con un sencillo uniforme gris, que le dijo con amable sonrisa:

—Tenga la bondad de esperar diez minutos.

El inspector saludó y replicó:

—Sí, señora, y permítame que le pregunte una cosa: ¿El enfermo se muere, ó se salva?

—Está fuera de peligro, sin duda—declaró la enfermera—. ¿Por qué lo pregunta usted?

—Porque sentiría que falleciera ese joven—replicó el inspector.

—Tiene una constitución sumamente robusta, y no hay cuidado; la crisis ha pasado. Venga usted conmigo.

Recorrieron unos cuantos pasillos, y entraron en una sala.

—Ahí está—dijo la enfermera—. No le hable usted mucho.

El inspector se sentó junto a la cama del enfermo.

El herido, hombre joven, saludó con un gesto al policía, y le dijo con voz débil:

—¿Supongo que vendrá usted a preguntarme lo que vi en Pall Mall y cerca del hotel de Hyde Park?

Hablaba tan quedo, que apenas se le oía.

—Antes de que me operaran—continuó diciendo—declaré todo lo que había visto. Dijeron que iban a llamar a usted, pero no hubo tiempo.

—Mucho celebro—interrumpió Jacks—que se encuentre ya fuera de peligro; dígame lo que sepa, sin

molestarse; en términos generales; los detalles ya me los dirá más adelante. Hable.

—Fue un momento terrible—declaró el enfermo con voz conmovida—; si el ómnibus llega á adelantar un decímetro más, me corta las dos piernas; y todo por ver el salto que pegó el hombre aquel desde el automóvil.

El inspector se inclinó sobre la cama, acercando su cabeza á la del enfermo, y preguntó:

—Usted le vió entrar en el auto, ¿no es así?

—Sí, señor. Yo iba en mi bicicleta, había salido de Charing Cross, y me dirigía al hotel Kemington Palace, cuando, al llegar á la esquina de Pall Mall y Hay Market, los vehículos se detuvieron un momento; había tantos, que se interrumpió la circulación, y yo, para no perder el equilibrio, me apoyé en el guardabarros de un automóvil que iba delante de mí.

La enfermera se acercó con un vaso en la mano. Cariñosamente incorporó un poquito al enfermo, y se hizo beber el contenido.

—De esto no hay que abusar—dijo al herido con amable sonrisa—. Beba usted eso, que le dará fuerzas.

El joven apuró el líquido de un sorbo, se relajó los labios con gusto y lanzó un suspiro de satisfacción.

—¡Qué rico! —exclamó—. Y volviéndose al policía, preguntó:—¿En qué estaba?

—Decía usted que se apoyó al auto que iba delante, en la esquina de Pall Mall y Hay Market.

—¡Ah, sí! Pues bien—

continuó diciendo el joven—. Al lado del auto iba un lando eléctrico muy elegante, casi tocando con el otro. En el mismo momento de pasar, que casi fué un instante, salió del eléctrico un caballero, se asomó al automóvil, habló unas palabras con el que iba adentro, abrió la portezuela y entró. El auto siguió andando en seguida con él dentro. Era moreno, delgado y flexible, muy bien vestido, sombrero de copa, tapabocas de seda blanco, guantes gris perla, lo recuerdo perfectamente, muy bien vestido.

—Y después, ¿qué vió usted?

—Yo seguí detrás del automóvil, porque llevaba mi mismo camino, y al llegar á la esquina del Hyde Park otra vez se volvió á interrumpir la circulación. Entonces vi al mismo individuo abrir la portezuela y salir á escape, casi sin pararse el vehículo, y desaparecer entre el gentío. Entonces pude adelantarme al auto, y al pasar comprendí que algo había pasado, pues dentro iba otro caballero inmóvil, inclinado á un lado. Me sobresalté, perdí el equilibrio

por mirar atrás, y caí. Tengo una idea de que alguien me empujó, y hasta me dió un golpe. Recuerdo que un ómnibus me atropelló, y cuando recobré el sentido me encontré en esta misma cama.

—¿Y sería usted capaz de reconocer al hombre que vió entrar y salir del automóvil?—preguntó el inspector Jacks.

—Con toda seguridad; en cuanto le viera. Conservo su tipo en la memoria perfectamente.

La enfermera se acercó, haciendo gestos que indicaban que la conversación se prolongaba demasiado, y el policía se puso de pie.

—Ya lo entiendo, señorita, me voy ahora mismo. Le recomiendo que cuide mucho á nuestro amigo, pues

tronazo con el príncipe Maiyo, que caminaba en dirección contraria.

El encuentro entre los dos hombres fué curioso y característico. El inspector no hizo el menor gesto de sorpresa, de interés ni de curiosidad. El príncipe, por el contrario, no disimuló su alegría al topar con el policía. Se sonrió con marcada satisfacción, prescindió del saludo seco del inspector, y le alargó la mano, exclamando amablemente:

—¡Querido inspector Jacks, cuánto celebro encontrarle! Precisamente tenía que hablar con usted. Si no está usted muy ocupado, le agradecería me otorgara cinco minutos.

El inspector dudó unos momentos. Se conocía muy bien á sí mismo, y sabía que, al lado de aquel joven aristócrata que tan amablemente le sonreía, era un niño en sabiduría, en talento, en diplomacia, en todo. Además él tenía su opinión y sus sospechas sobre el príncipe, pero se encontraba colocado á su lado. Siempre le trataba con gran distinción; con verdadera deferencia. Le trataba no solamente como á un igual suyo, sino como á un igual cuya compañía se busca. Le molestaba que así fuera.

—Con gusto, príncipe—contestó al fin—, no cinco minutos, sino cuantos desee.

El príncipe marcó más su sonrisa de satisfacción y dijo:

—Inspector, es usted un hombre maravilloso, aun en este mismo momento está usted diciendo para su capote: ¿Qué me quedará decir el príncipe Maiyo? ¿Me irá á hacer una serie de preguntas que me vuelvan loco, ó me va á

decir algo agradable. Porque aquí, entre nosotros, no me negará que está usted un tanto interesado, ó algo más que interesado, en mi persona. ¿No es verdad?

El inspector quedó mudo de asombro. O no supo, ó no pudo, ó no quiso contestar. Parecía que tenía miedo de hablar.

—Pues, sí, señor—continuó diciendo el japonés—, creo que está usted interesado por mi persona. La verdad que muchas de las cosas que hago en este Londres, tienen que parecerle á usted muy raras. Y á propósito; esto me trae á la memoria una cosa. Hace poco tiempo, andaba usted haciendo preguntas sobre un individuo que venía de Liverpool y llegó á esta capital con un puñal clavado en el corazón. Dígame usted: ¿Se ha encontrado al asesino?

—Aún no ha sido capturado—replicó el inspector.

—Le he oído á usted hablar de este asunto—continuó diciendo el príncipe—, y esperaba leer en los periódicos, para estas fechas que ya



nos ha de ser muy útil en cuanto pueda usar sus piernas y dar un paseito conmigo. Si me lo permiten ustedes, el próximo día de visita pública vendré á charlar con usted durante media hora.

—Tendré mucho gusto en verle por aquí—replicó el enfermo—, y me hará usted un favor, porque aquí conozco á muy poca gente, y mi familia vive en el campo.

El inspector saludó y salió del Hospital.

—No es éste el herido del tren, no me cabe duda; pero me ha de ser muy útil.

CAPITULO XXII

El príncipe quiere sobornar.

El inspector Jacks salió pensativo del Hospital.

Se quedó un momento parado en la puerta, indeciso de la dirección que había de tomar. Por fin se dirigió hacia la plaza de Saint James.

Se echó á andar, y antes de darse cuenta, se encontró en Pall Mall. Al doblar la esquina se dió un encon-

COSAS RARAS Y NUEVAS



En el obscuro continente africano ocurren cosas que, aunque allí sean

EN NIGRICIA

corrientes, á nosotros nos tienen que sorprender sobremanera. Un aficionado á la fotografía, ha hecho curiosas instantáneas en su reciente viaje á Nigrícia dos de las cuales damos en estas columnas.

En uno de los lados se ve un individuo disfrazado de mamarracho, con una hermosa careta y armado de tremendo machete.

El fantasma recorre así las chozas del pueblo y se para en los sitios donde hay mujeres casadas. Representa el espíritu de la felicidad, y tiene por objeto el evitar que las mujeres falten á sus deberes conyugales, y el segundo representa una joven beldad de Nigrícia llena de cicatrices, hechas voluntariamente. Cada una de ellas se considera una moneda y tienen gran valor en la otra vida.

Como suponen que apesar de la muerte el cadáver conserva apetito y tiene que alimentarse, van provistos de esos chirlos con los que compran alimentos á los espíritus.

El tren más rápido de todos, es el que va desde Darlington á York, en Inglaterra, pues va á la velocidad de 101 kilómetros por hora.



El blanco, el niveo cisne, es un animal que siempre se ve con agrado. Sus formas airoosas, su esbeltez, su facilidad de deslizarse sobre las aguas, en canta.

CARIÑO MATERNAL

El cisne es mudo, dicen que sólo canta para morir. ¡El canto del cisne! Y, sin embargo, el cisne canta, mejor dicho, chilla, grazna, produce un sonido desagradable cuando se decide á decir aquí estoy yo.

Hay cisnes que tienen varias particularidades, y para verlos no hace falta más que ir al Jardín Zoológico de Londres.

Presentan las particularidades siguientes:

No es blanco por completo, sino que tiene el largo cuello negro como el azabache, canta de vez en cuando, y además lleva á sus hijos, los debajo del ala, cuidándoles como la más cariñosa de las madres, haciéndoles caricias con su amarillento pico, y llevándoles en agradable navegación sobre su dorso, por las cristalinas aguas del estanque.

Los rusos son nuestros grandes competidores en el baile. De temporada, en temporada, nosotros lanzamos unas seguidillas nuevas, un tango raro, ó un garrotín, y los

EXTRA- VAGANCIAS DEL BAILE



rusos, después de bailar de las mil maneras como se baila en el extenso imperio de los Zares, inventan cualquier paso, le dan un nombre fantástico y exótico, y ya hay un nuevo baile.

Las grotescas figuras que aquí reproducimos, aparecen en un nuevo baile ruso, apellidado "El dios azul" y que se halla en Londres. Si el bailable es tan horrible como los monstruos de muestra, debe ser una tremenda pesadilla ver semejante espectáculo coreográfico.

Una gallina de Heufield ha batido el record de las ponedoras. En ocho años y medio ha puesto la friolera de 1.400 huevos, y jamás ha estado clueca.

En las cárceles de París hay un indio llamado Renato Forschler que tiene sólo veinticinco años y ha confesado haber cometido 205 robos.

Los estatutos y reglamentos para la navegación aérea adoptados en el Congreso Internacional de Ginebra, son tan completos que hasta hay reglas para el registro de nacimientos y defunciones durante los viajes por el aire.